

ser porque el Senado estadounidense rechazara su ratificación; el autor tampoco elude ciertas decisiones favorables a los hacendados contra los pueblos de indios.

Tal como se presenta, esta obra puede difícilmente guiar a un no especialista. Gracias a su índice y abundante bibliografía constituye una mina de información sobre una época esencial de la historia mexicana.

Traducción de Óscar Mazín

Jacqueline Covo-Maurice

Lille 3

JOSEPH E. CHANCE, *José María de Jesús Carvajal: The Life and Times of a Mexican Revolutionary*, San Antonio, Texas, Trinity University Press, 2006, 283 pp. ISBN 9781595340207

Joseph Chance dedicó varios años de su vida a reunir material para rescatar del olvido a José María Carvajal, a quien considera intelectual liberal reformista mexicano. La historiografía mexicana del noreste lo pinta más bien como aventurero y contrabandista de cierto mal nombre por su recurrencia a combatir al gobierno mexicano con mercenarios estadounidenses. La presente biografía de Carvajal resulta interesante y sin duda alumbra algunos problemas de la complicada historia fronteriza, a lo que él contribuyó con diversos movimientos federalistas o antitarifarios. Los interesados en la frontera y la historia de Texas seguramente disfrutarán el libro. El autor, desde luego, sigue su vida en el contexto que le tocó vivir, desde la temprana colonización de Texas hasta los tiempos de la restauración de la República.

La vida de Carvajal se desarrolló paralela a los problemas entre México y Estados Unidos. Nació en 1809 en San Antonio Béxar,

pequeña villa que presenció la incursión de Gutiérrez de Lara con mercenarios estadounidenses que declaró la independencia de México en 1812. La recuperación del lugar por el comandante de las provincias internas Joaquín Arredondo, fue violenta y es posible que el padre de Carvajal muriera en alguno de los enfrentamientos. Tal vez este inicio lo inclinó a sus constantes correrías.

En la adolescencia, José María presenció la llegada de colonos angloamericanos al departamento, evento que marcó su vida y personalidad. Carvajal llamó la atención del empresario Stephen Austin, quien se convirtió en verdadero padre sustituto y quien le inspiró curiosidad hacia Estados Unidos. En 1823 se le presentó la oportunidad de acompañar a uno de los colonos a Kentucky, donde inició su educación y decidió convertirse a la secta protestante de los Discípulos de Cristo. Uno de sus fundadores, Campbell, lo adoptó y con él convivió Carvajal entre 1826-1830 en una pequeña universidad de West Virginia. Su inmersión en la cultura angloamericana fue completa, tanto que en una carta, le confesó a su madre que casi había olvidado su lengua. Se había convertido en el tipo del nuevo fronterizo confundido a menudo con su identidad y, como símbolo de su transformación, empezó a firmar Joseph M. J. Carvajal. Como buen neófito protestante, Carvajal envió Biblias a Texas para venderlas por medio de Austin, para redimir a sus paisanos.

A su vuelta a Texas, Carvajal tuvo que elegir ocupación y de nuevo, Austin lo encaminó a convertirse en agrimensor para lo cual él mismo lo entrenó. Austin conocía la necesidad de escriturar las tierras otorgadas a los colonos y su influencia le permitió recomendarlo al gobierno de Coahuila y Texas. Así en 1831 empezó a medir y escriturar tierras en Anáhuac, lugar donde se había establecido la primera aduana, al haber vencido los primeros plazos de exención de impuestos. Acostumbrados al privilegiado estatus, la tarea era delicada. Consciente de esto, don Manuel Mier y Terán encargó al angloamericano George Fisher la aduana. La elección fue desafortunada, pues Fisher era conflictivo y la estableció en un lugar poco

apropiado. Los arrogantes estadounidenses cuyas naves comerciaban con los texanos, de inmediato se sublevaron contra la medida y simplemente dispararon contra los soldados mexicanos que vigilaban la aduana, con el apoyo desde tierra de los colonos. Este incidente se sumaba al malestar ya existente con el establecimiento de una Comandancia militar en el mismo lugar, presidida por el general Juan Davis Bradburn, un virginiano llegado a la Nueva España con la expedición de Francisco Xavier Mina e incorporado después a las filas de Guerrero. Como buen anglosajón, Bradburn mostró diligencia para aplicar las leyes mexicanas al pie de la letra, tarea difícil en un lugar donde los colonos las violaban rutinariamente. Los colonos se sintieron agraviados ante la negativa de Bradburn de regresar dos esclavos fugitivos de Luisiana, de acuerdo con las leyes mexicanas que habían abolido la esclavitud. A esto se sumó el arresto de Madero y Carvajal por Bradburn por empeñarse en escriturar terrenos federales o sea la franja costera o fronteriza que empezaban a ocupar ilegales. Irritados, los colonos optaron por la violencia e hicieron huir a Bradburn. El incidente en realidad respondía al descontento de los colonos con el antiesclavismo mexicano y de pago de impuestos después de una década de exención.

Aunque la diferencia cultural de los angloamericanos había producido algunos problemas, la dura vida de la frontera y los ataques indígenas los habían minimizado. Pero a fines de 1830 había empezado a entrar una oleada de colonos de distinta clase, cuyos afanes eran especulativos o abiertamente secesionistas en busca de anexas Texas a Estados Unidos. Don Manuel Mier y Terán había hecho un informe minucioso de la situación de Texas en 1829, en el que expresaba su temor de que se perdiera la provincia. Este informe lo utilizó don Lucas Alamán para promover una nueva ley de colonización que prohibía la entrada de angloamericanos. Mier criticó la forma poco diplomática en que se había redactado y como fue nombrado inspector y comandante, trató de aplicarla con tacto y de manera de no afectar a personas que ya estaban en camino hacia Texas.

Al estallar el levantamiento de Antonio López de Santa Anna en enero de 1832, Mier se multiplicó para evitar que el ejército a su mando se adhiriera, consciente de que cualquier desorden lo podían aprovechar los texanos descontentos. Pero sus esfuerzos se vieron frustrados en julio al desembarcar en Brazos el general José Antonio Mejía y partir con Austin hacia su colonia, la que no tardó en adherirse al movimiento. Mier, cansado y deprimido vio con desesperación la situación y terminó por suicidarse.

Austin aprovechó el desorden de la República para organizar dos convenciones que le encargaron viajar a México para exigir la separación de Texas de Coahuila, la anulación de la prohibición de la entrada de angloamericanos y pedir una extensión de la exención de impuestos. Como contaba con muchos aliados entre los radicales del Congreso de 1833, se le concedió la anulación de la prohibición y la extensión de impuestos y se le prometió que la separación de Texas de Coahuila se consideraría en un momento más oportuno. Además, el gobierno federal solicitó a Coahuila y Texas hacer una serie de reformas para dar mayor representación a los colonos. El estado dividió el departamento en tres distritos para que tuviera mayor representación y autorizó el uso del inglés en asuntos administrativos y judiciales, aprobó el juicio por jurado (*trial by jury*) y nombró a un angloamericano para encabezar la justicia en Texas. Pero la principal preocupación de los colonos era la esclavitud, ya que aunque la abolición de 1829 había exceptuado a Texas, la constitución del Estado declaraba que nadie nacía esclavo, lo que condenaba a la desaparición, en un futuro cercano, a la “institución peculiar”. De esa manera, vencida la extensión de plazo de exención en 1835, la apertura de la Aduana, el decreto de reducción de milicias cívicas sirvió de pretexto para promover la separación. Por eso el establecimiento del centralismo en octubre de 1835 sirvió sólo para justificarla.

Esta explicación está ausente en el libro de Chance quien como historiador texano da por sentada la interpretación tradicional, que

justifica la independencia por el militarismo y la dictadura de Santa Anna, inexistentes en ese momento. La historiografía mexicana ha puesto en claro que los dos intentos militaristas fracasaron y que la primera dictadura de Santa Anna no se estableció, sino hasta 1841. Andreas Reichstein en *The Making of the Lone Star*, ha mostrado que para 1835 el gobierno mexicano había resuelto los principales agravios de los colonos. Fue en ese momento en que existía la posibilidad de que México reconquistara el departamento de Texas, que George Fisher desde Nueva Orleáns, sugirió la conveniencia de promover que los federalistas del noreste se separaran y fundaran una República nortemexicana, como dique de contención.

Carvajal simpatizó con los texanos y compró armas para la lucha en Luisiana, pero un accidente impidió que llegaran a Texas y tuvo la mala suerte de que a pesar de su total integración lo alcanzaran los prejuicios antimexicanos y, como otros mexicanos, resultara sospechoso y tuviera que trasladarse a vivir en Camargo, cerca del río Grande.

En realidad el desafío de Zacatecas y de Coahuila y Texas en 1835, fue el que condujo al establecimiento del centralismo, ante el temor de que el federalismo estuviera patrocinando la desintegración del territorio. De todas maneras el regionalismo aseguró que se multiplicaran los movimientos federalistas y uno de ellos afectara el noreste entre 1838-1840. De acuerdo con la mecánica de los pronunciamientos mexicanos, los federalistas instalaron un gobierno provisional en 1838 en Laredo. Aunque eso no significaba otra cosa que el desconocimiento del gobierno central, los periódicos texanos lo interpretaron como la fundación de la supuesta república del río Grande. El desconocimiento de la historia mexicana lleva a Chance a darla por un hecho. Los líderes del movimiento, fueron los miembros del clan formado por Antonio Canales, Molano y Cárdenas, a los que se unió Carvajal. Como fronterizos no dudaron en contratar mercenarios texanos para su movimiento armado, pero como éstos sólo estaban interesados en

el saqueo y no en el restablecimiento del federalismo, los rebeldes terminaron por amnistiarse ante las tropas del general Mariano Arista.

Los principios regionalistas volvieron a expresarse ante el peligro de la invasión estadounidense. Canales discurrió distraer al ejército estadounidense, al presentarse como enemigos del gobierno dictatorial de Mariano Paredes. Por su familiaridad con la cultura del país del norte, Carvajal fue elegido para entrevistarse ante el general Zachary Taylor, para plantearle que necesitaban armas y recursos. Canales mismo informó a Paredes del proyecto. A pesar de las órdenes recibidas de favorecer los movimientos secesionistas mexicanos, Taylor no tragó el anzuelo y decidió consultar con su gobierno, de manera que el fracaso del plan obligó a Canales y Carvajal a organizar guerrillas.

Aunque los ataques indígenas, el filibusterismo, el abigeato y el contrabando estaban a la orden del día, con la firma de paz, la nueva frontera ofreció nuevas oportunidades de intercambio comercial. Carvajal las aprovechó, pero la presencia del ejército y las limitaciones aduanales obstaculizaban sus negocios, por lo que no tardó en pronunciarse con el Plan de la Loba. Nuevamente los texanos interpretaron su movimiento como intento secesionista para fundar ahora la República de la Sierra Madre. El rumor incluyó al presidente Mariano Arista, quien era combatido por conservadores y radicales, que aprovecharon para acusarlo de traición, de forma que terminó por renunciar. Puesto que Carvajal utilizaba a Texas como base para abastecerse de armas y mercenarios, el ministro mexicano en Washington y la cancillería reclamaron por la violación a la ley de Neutralidad y del artículo 11 del Tratado de Guadalupe. Aunque por algún tiempo el gobierno de Estados Unidos evadió el problema, terminó por apresar y juzgar a Carvajal, pero como otros filibusteros, no tardó en ser liberado.

Como aventurero inquieto, Carvajal también se sumó a la lucha contra la dictadura santanista y después en la guerra de Refor-

ma, que en el norte liberal complicaban los intereses particulares. Después, Carvajal tampoco desaprovechó la lucha contra la intervención francesa y se movilizó al mando del batallón “Fieles de Tamaulipas”. Su conocimiento del inglés y de Estados Unidos, llevó a Juárez a comisionarlo para la búsqueda de apoyo financiero. Sobre ese momento, Chance da una versión interesante con base en documentación desconocida, que muestra un Carvajal ingenuo e irresponsable. En Nueva York se relacionó con personajes de dudosa reputación y para obtener fondos, puso en marcha la venta de bonos que ofrecían ganancias fantasiosas y que generarían reclamaciones estadounidenses. Por fortuna el representante oficial del gobierno mexicano, Matías Romero, se dio cuenta del absurdo proyecto y logró anularlo en parte. El gobierno de Juárez anuló su comisión, lo que obligó a Carvajal a trasladarse a Brownsville, donde todavía participó en la recuperación de Matamoros en 1866 y ejerció fugazmente el gobierno. Pero sus correrías habían terminado, de manera que envejecido y cansado, se retiró a Soto la Marina, donde lo sorprendió la muerte en 1874.

El desconocimiento del español provoca limitaciones en el libro. Esto lo deducimos de la cantidad de errores ortográficos que tiene el texto y de la ausencia en la bibliografía y documentación mexicanas. Eso hace que el trasfondo histórico sea obsoleto y sesgado. Eso no obsta para que el libro permita comprender algunas facetas de la historia de la frontera, lo que hace que valga la pena leerlo, aunque con la cautela para detectar los errores de interpretación. El libro es otra muestra de la incapacidad que ha mostrado la historiografía texana de superar sus interpretaciones tradicionales.

Josefina Zoraida Vázquez

*El Colegio de México*